

Pedro Moncayo, El Escritor, de Hernán Rodríguez Castelo, una contribución para la resurrección de un republicano ilustre

Ramiro Dávila Grijalva*

El principal y casi único acto de homenaje a Pedro Moncayo y Esparza fue la presentación del libro PEDRO MONCAYO, EL ESCRITOR, de Hernán Rodríguez Castelo, en la ciudad de Ibarra, en junio del año pasado, con los auspicios de la Fundación que lleva su nombre, como una contribución para levantar el pesado cerrojo de la tumba del prohombre, el ostracismo en vida y resurrección después de la muerte, de ese republicano ilustre, a los dos siglos de su nacimiento.

En la siguiente nota procuro dar una visión de la importancia del libro de Hernán Rodríguez Castelo, tanto por la profundidad de sus investigaciones, cuanto por retratar la personalidad literaria de Moncayo, una figura de primer orden desgraciadamente olvidada. Me pareció, además, oportuno entrevistar a nuestro notable polígrafo para conocer de primera mano sus avatares, sus inquietudes y sus luces sobre esta apasionante aventura cultural.

Hernán Rodríguez Castelo, nuestro gran enciclopedista de la literatura y el arte ecuatoriano que, tesoneramente, construye una obra monumental de investigación y juicio crítico sabio y ponderado de nuestra cultura, parece haber realizado como Ulises o Virgilio su viaje al inframundo de los muertos, para retrotraer o resucitar para la vida y la cultura nacional la obra y también la vida de un ilustre republicano. Demócrata o liberal, como se lo quiera denominar: don Pedro Moncayo y Esparza, hombre que merecidamente debería figurar entre las vidas paralelas de algún nuevo Plutarco que quisiera describir vidas ejemplares que iluminen nuevamente los senderos del progreso y la libertad en nuestras patrias.

En efecto, Rodríguez, al final de la panorámica sobre su obra y a través de ella de la vida Pedro Moncayo, el hombre desterrado y confinado al ostracismo de las letras y casi de la historia nacional, a pesar

* Embajador de Carrera (S.P.).

de ser un prohombre en ambos campos, señala la conclusión sencilla que se impone también al lector: Pedro Moncayo fue un gran escritor, y en su periodo, uno de los mayores de América. Y fue un gran escritor porque fue un gran hombre. Un ciudadano de altas pasiones republicanas, personalísimo ejemplar del hombre de la Ilustración, ecuatoriano de América y americano en el Ecuador, político infatigable y de intransigente probidad, varón grave y noble.

Rodríguez comienza por ubicar, fiel al método generacional, al Moncayo en el periodo fundacional y no en el constructivo, conservador en política y romántico en literatura. Revive al personaje a través de sus escritos en su debido contexto, es decir sin violentar al texto. Así nos presenta a Moncayo, libre de ponderaciones, en su nobleza esencial, en su dignidad sostenida altivamente sobre los vaivenes del mediocre acontecer político del tiempo y suma de valores liberales, democráticos y cívicos, que construyen su grandeza.

Luego, hacer una breve y decidida reseña de este ibarreneño, nacido dos siglos atrás, en la que nos muestra al escritor en sus diversas facetas: el periodista – el polemista y panfletario -, el orador, el ensayista y el historiador, a través de las cuales el lector va, en efecto,

descubriendo la figura ejemplar del prócer de las libertades y virtudes cívicas ejemplares.

Sobre el primer punto, - la primera fase – siguiendo el pensamiento que inspiró al Quiteño Libre y su mentor, Francisco Hall, discípulo del inglés Bentham, destaca la fidelidad de Moncayo a su claro pensamiento sobre la libertad de prensa, aspecto fundamental en una república que se precie de tal, sobre la cual – nos dice – pensaba que la crítica de los hombres públicos es una necesidad para la salud de un sistema republicano que aspirase a ser una democracia y su admonitorio temor sobre la “potencial búsqueda del poder personal de los libertadores hispanoamericanos y sus asistentes”.¹

Sus trabajos como periodista, iniciados en el noviciado -dice Rodríguez- de la sociedad el Quiteño Libre, y prolongados a través de La Linterna Mágica, El Progresista, El Fr. Francisco y el Padre Tarugo, se guían por la filosofía que inspiró a la heroica y martirizada sociedad, de cuya inmolación, por suerte escapó Moncayo: “creemos que nuestras leyes y garantías no son meramente papeles escritos, sino cosas reales y efectivas, de cuya observancia pende la salud de todos, tenemos ya denunciados varios infractores de ellas y esperamos con confianza que el magistrado encargado de su defensa y

¹ Rodríguez Castelo Hernán, “Pedro Moncayo, escritor”, Ibarra 2007. Fundación Pedro Moncayo. Pgs.46,47.

ejecución dará pruebas inequívocas de su respeto y amor al orden protegiendo inocentes y castigando a los criminales según lo previenen las leyes.”²

Como ejemplo de su fidelidad y airada defensa de la libertad de prensa, cito las palabras escritas posteriormente por Moncayo, más tarde reproducidas por Rodríguez con respecto al nefando crimen contra el joven Vicente Valencia, impresor inocente, ingenuo y mal jinete: “En señor Valencia no se ha asesinado un individuo, se ha asesinado un principio, se ha asesinado a la industria. Se ha querido matar en él la libertad de pensamiento y el trabajo material que lo propaga. La imprenta, esta fuente de la civilización y del progreso social ha sido fusilada, asesinada en los campos de Nacsichi”.³

Cito otro ejemplo del republicano integro de Moncayo, quien no dudara en reprochar censurables actos a hombres de la talla de Rocafuerte y García Moreno, cuya grandeza, él mismo no dudará en reconocer al hacer el juicio sobre su historia, donde señala el crítico, asume, más allá de sus críticas a ultranza, el papel de guía; “... las revoluciones alteran la tranquilidad social, arruinan las riquezas públicas, la riqueza particular, siembran la inmoralidad i el desorden y lo que es peor, acrecen

y consolidan la preponderancia individual de hombres díscolos, inmora-les y corrompidos, de esos hombres que fomentan las revoluciones para arrojar sobre sus despojos y que se titulan legítimos herederos de los tiranos que los procedieron.”⁴

Como orador parlamentario, Moncayo defendió las libertades cívicas con sólida argumentación y con un uso sobredimensionado pero eficaz de la retórica.

Por ejemplo, sobre la libertad de cultos, son lapidarias las palabras que reproduce Rodríguez de su discurso sobre el Patronato, que le han valido críticas injustas sobre su supuesto anticlericalismo, al afirmar que en la Convención, debían reinar la verdad, la razón y la justicia y no las amenazas, que la religión no se manda ni se ordena y que se enseña por medio de la predicación y del ejemplo, que Jesucristo no recurrió a los Reyes, ni a los emperadores para (propagar su religión, que se valió para este grande objeto de hombres humildes y sencillos, que es preciso tener de la religión una idea más grande y más sublime, y no hacerla depender de las instituciones de los hombres que son transitorias y perecederas.

O su pensamiento sobre la naturaleza de una verdadera Republica:

² Ibd. Pág. 49.

³ Ibd. Pág. 34.

⁴ Ibd. Pág. 65.

“No hay una verdadera republica sin estar basada en estas tres condiciones esenciales: la libertad de pensamiento, como medio de establecer entre los hombres la comunidad de sentimientos, de ideas y de principios: la libertad de enseñanza, como el medio de difundir la instrucción y la civilización a los pueblos y la libertad de conciencia, la más sagrada y la más respetable, como el medio más seguro de asegurar al hombre la libertad de tributar en la forma que más crea conveniente su gratitud y veneración al dispensador de todos los bienes”.⁵

En el debate sobre la esclavitud, expreso contra la propiedad adquirida sobre seres humanos: “la libertad del hombre es imprescriptible. Ni la sociedad, ni la ley pueden legitimar lo que es contra la razón, la justicia y contra la naturaleza del hombre. Por consiguiente la asamblea está en su derecho al dar una ley que trate de reparar el crimen de nuestros antepasados y de nuestro propio crimen”.⁶

Hay reproches que dirige a sus conciudadanos que hasta el presente resuenan con tremenda actualidad en nuestros oídos: “Queremos ser republicanos sin ninguna de las prendas que constituyen al verdadero ciudadano, al hombre independiente, queremos ser liberales conservando la hipocresía de los esclavos, el miedo,

la humillación del tiempo del coloniaje...”⁷

De la obra de Moncayo como ensayista, Hernán Rodríguez, destaca la obra sobre la Cuestión de Límites entre el Ecuador y el Perú según el útil *possidetis* de 1810, libro que fue aplaudido en toda América y citado a menudo en las controversias territoriales que sustentan la mayor parte los Estados del Continente.

Especial relevancia tiene también el Ensayo titulado “Ojeada sobre las Repúblicas Sudamericanas”, publicada inicialmente en la *Revista del Pacífico* y en forma póstuma como libro en 1908 que, según Rodríguez, constituye una gran síntesis de la historia andina en el momento del tránsito tormentoso, -a menudo desorientado – al vivir independiente. Encuentra en el autor una síntesis, acaso simplista pero sugestiva y escrita con estilo lapidario, de la tragedia de nuestros primeros años como repúblicas, juicios emitidos por un republicano intransigente que ha vivido en carne propia ese ascenso de los dictadores.

Lamenta, por ejemplo, que los derechos conquistados y reivindicados por una larga y sangrienta lucha fuesen sacrificados a los intereses de unos pocos hombres, bastante osados para erigirse en tutores y di-

⁵ Ibd. Pág. 91.

⁶ Ibd. Pág. 93.

⁷ Ibd. Pág. 94.

rectores de la sociedad. Pero desde 1926 el trabajo de los usurpadores empezó a hacerse sentir, y la sociedad se vio repentinamente minada y acometida por los mismos hombres a quienes había confiado la defensa de sus derechos. Y concluye lapidariamente: Hemos pasado de los héroes de la tragedia a los histriones del melodrama y la zarzuela

De esta obra Rodríguez destaca lo penetrante de sus observaciones y lo acerado de sus críticas y lo cálido de su comprometimiento con el destino de la democracia en nuestros pueblos. Y todo ello, dice fraguado con una prosa propia, rica, fuerte que ha hecho posible toda esa suma de penetrantes apreciaciones y de juicios plasmados en fórmulas felices, a veces urdidas con sabio manejo retórico. Este largo texto, fascinante para quien se acerca a la historia de esas asendereadas décadas prueba la talla de Moncayo como intelectual y su brillantez de ensayista, que le acerca, digo yo, a hombres de talla americana como Sarmiento. Con respecto a la validez de sus juicios iluminados por su perspicacia, hay que decir lo que Rodríguez menciona, júzguenlo los especialistas en los personajes y periodos analizados que siempre encontrarán una mirada original del gran ensayista.

De la última obra de Moncayo, nos comenta el autor de esta impor-

tantísima obra por su contenido y perspectivas para la formación del conciencia de nuestro pueblo, dice que aunque haya sido largamente madurada, fue terminada en el ocaso de su vida en las más penosas circunstancias: casi ciego, privado de gran parte de sus notas y documentos por un incendio, y lejos de los archivos y bibliotecas donde hubiera podido establecer fechas y sucesos menudos – esos que los contradictores de su historia los señalarán con tanto celo.

Señala también que como las mayores obras de la historia – que ocupan un alto sitio en las literaturas de sus pueblos – tiene un norte magnético, una idea madre que se convierte en el leitmotiv y encausa el hilo conductor del recuento, interpretación y crítica de acontecimientos y autores. A ello debe su unidad y el aliento con que desarrolla el relato. Posee esas ideas dominantes como se hallan en los grandes de la antigüedad clásica como Tucídides, Julio César, hasta en las más altas figuras de la historiografía moderna y contemporánea como Gibson y Mommsen.

Rodríguez concluye: “Su historia fue el último gran mensaje e este apasionado republicano, que mantuvo enhiestos los principios de El Quioteño Libre. Y fue el último despliegue de sus dotes como escritor”.⁸

8

Ibd. Pág. 198.

En la obra se analizan las virtudes de esta gran historia: su dramatismo, su lectura que es como correr un telón para conocer a personajes y figuras de un drama terrible y sangriento. Militares, estadistas y políticos desfilan en esas páginas y como en las obras dramáticas pugnan por sus intereses a la vez que son juguetes de un sino, un sino histórico que según Rodríguez lo percibe el lector en forma aguada y dolorosamente. No están ausentes en esta obra el polemista, en el último y supremo alegato, y el fiscal, que se siente obligado a denunciar y acusar y, de ser del caso, absolver o elogiar. Pero ya no es, dice el periodista apasionado y cruel que respondía a una turbia circunstancia, sino el historiador que mira al personaje entonces zaherido con la perspectiva más larga y serena.

Termino reproduciendo una broma citada por Hernán Rodríguez Castelo que nos muestra las cualidades de este escritor y que para algunos podría tener todavía fuertes resonancias en nuestros días, una burla a los hermanos Tola y Angulo, en la que el diablo toca la campana y pasan los legisladores al salón, para iniciar la sesión, descrita a través del siguiente diálogo:

Pero atención, que el diablo pregunta, que tenemos sobre la mesa...

- la Ley de Hacienda
- el hermano Tola. “Esa ley es preciso mutilarla”

- El hermano Angulo: “A esa ley es preciso cantarle el de profundis.

- Soy del mismo parecer contestó el diablo: esa alma es mía

- Que otro asunto.

- Señor, la Ley de Sales.

- Pásela U. a la Comisión del sueño.

- Que otro asunto

- La ley de marina.

- A la misma comisión.

Felicitémonos y felicitemos a Hernán Rodríguez Castelo por tan valiosa obra que nos trae del exilio a esta egregia figura de la historia y las letras nacionales. Ojala en adelante sea leída por jóvenes y mayores, y publicadas las obras completas de Pedro Moncayo, que deberían tener una difusión continental y ser hondamente meditadas en nuestras sociedades para conocer y defender aquello que nuestros mayores nos dejaron como su mejor herencia: una república libre y soberana. Como un camino hacia las virtudes mostradas en la vida y obra de este hombre ejemplar. Siémbrese, pues, nuevamente el ceibo en el parque Pedro Moncayo, celebre la ciudad blanca el retorno de su prohombre con las bellas retretas y bailes, esta resurrección es la mejor manera de conmemorar los cuatrocientos años de la fundación de esta gloriosa villa, que coincide con el segundo siglo del nacimiento de su ilustre hijo.

Considero oportuno reproducir la entrevista que mantuve con el autor del libro, Hernán Rodríguez Castelo, en abril del año pasado, previamente a la impresión y publicación de su importante libro, durante la cual, luego de hacer un interesante recorrido por la trayectoria intelectual del autor, obtuvimos las impresiones de primera mano, tanto sobre la importante investigación realizada, como el juicio de Rodríguez sobre la obra y vida de Moncayo:

Con motivo de un suceso de importancia nacional invito a Hernán a tomar un café con deliciosos pastelillos de manzana, en el acogedor café denominado Azúcar y Canela, ubicado justamente en la González Suárez. Los dos lamentamos que en lugar del monumento de Winston Churchill, no estuviera allí el egregio Obispo cuyo pensamiento ha sido y debe ser guía de la Nación. Siempre, es para mí, especialmente grato encontrar al maestro que definitivamente me inculcó el maravilloso vicio de los libros y la lectura. Esto es el ocio, pero no el que un mal informado público puede creer, sino aquel, sagrado del que hablaran los filósofos antiguos, que nos invita a la reflexión sobre el por qué de nuestras vidas y si tenemos vocación a la creación o el sesudo estudio, a ser, en definitiva, más hombres en el pleno sentido de la palabra..

- Cómo y cuando comenzó tu carrera como profesional de la pluma? Como te nació ese gran amor a la lectura...

- Cuando decido dejar toda otra ocupación, el diario El Tiempo, las cátedras, las relaciones públicas, etc...

- Pero tu afición seguramente comienza en la niñez...

- Tenía escritos muchos libros y era, además, un teórico de la redacción... Cursos que nunca he dejado de dar... Arriendo una casa en la Mariscal y luego me voy a vivir en una casa campesina en la Comuna de San Juan Bautista de Angamarca, cercana a Alangasi... Allí vivo algo más que un año, que es el tiempo en que escribo mis más entrañables libros para niños... "La Historia del Fantasma de las Gafas Verdes", "Tontoburro", "Memorias de Gris, el Gato sin Amo". Después de ese año, compro la casa en que ahora vivo, en Alangasi. Instalo definitivamente mi biblioteca, donde vivo la mayor parte de horas de mi vida y las mejores y comienzo a trabajar mi obra fundamental, La Historia General y Crítica de la Literatura Ecuatoriana, de la cual había ya aparecido lo que iba a ser su primer volumen, como No. 100 de los Clásicos Ariel...

- Cabe recordar que con los Clásicos Ariel se dio la primera colección de bolsillo con lo más importante de la literatura ecuatoriana, a precio módico y, al fin, al alcance de

cualquier lector. De algunas obras no se conseguía ninguna otra edición... Hernán escribió los noventa y nueve enjundiosos prólogos, desde una perspectiva generacional, siguiendo el esquema de José Ortega y Gasset.

- Aprendí a leer solo, en el libro Semillitas...

- Una especie de silabario..., pero me refiero a la afición a la lectura de obras y textos... Quien te acerco a ellas...

- En la escuela comencé a leer Leyendas del Tiempo Heroico de Manuel J. Calle – segundo curso de colegio – descubrí a Dickens, y un año mas tarde a Fedor Dostoyevski, leí Resurrección de Tolstoi, con gran escándalo en la familia...

- Crees haberla comprendido a tan temprana edad...

- Algunas cosas no, pero si lo fundamental, había entonces la revista Leoplan, una parte de Magazine (reportajes) y una novela completa, en cada numero. Muchas lecturas fueron hechas allí, como el Jorobado de Paul Feaval. Una novela de Stefan Sweig, sobre un personaje que cuenta su relación con una chica invalida que cree que es por amor y como no la acepta se suicida.

- Pero cuándo, en definitiva, se decidió tu vocación por las letras?

- En el Colegio San Gabriel, me llamaban “el literato”. Sabía más que algunos profesores de Literatura. Me gustaba también la Historia. Una vez me cogió un carro

por leer una vida de Cervantes en la Plaza de Santo Domingo, dándome un golpe en la vereda. Leí también la vida de Magallanes de... No recuerdo este momento el nombre del otro gran biógrafo... creo que no es Stefan Sweig... En la familia, cuando se acercaban las vacaciones largas todos nos proveíamos de libros. Mi padre era inspector del Colegio Mejía y traía libros. Mi madre traía también libros de la biblioteca del colegio Mariana de Jesús. Había excelentes libros en las librerías de libros viejos, donde conseguíamos excelentes libros por apenas un sucre. Había una en la Mejía, donde funciona actualmente el Ministerio de Educación. Allí conseguí el libro Hamlet de William Shakespeare y otra vez el Discurso del Método de Descartes. En una noche leí el primero, y sentí el más alto deslumbramiento por lo que era la literatura. A la noche siguiente, el Recurso del Método, me considero racionalista cartesiano. Con la escolástica dejó su duda metódica ahora instalada en ella. Toda la Filosofía moderna se construye sobre Descartes. Con todo este bagaje, no era en las clases donde aprendía, sino en los libros.

- Recuerdo que en tu primera clase de redacción en el Colegio San Gabriel – tercer año – nos empezaste a leer la Odisea... y los muchachos, en aquella edad más insoportable, no te permitieron avanzar, entonces dijiste, los que no quieran escuchar pueden salir, pocos se quedaron, en-

tre ellos yo... Desde allí he releído tantas veces la fascinante historia de Ulises que encanta a todos los jóvenes.

- Como fue tu experiencia como profesor...

- Como profesor de literatura y redacción tuve una experiencia maravillosa. Primero, por comparar los hallazgos que hice y sigo haciendo en el mundo de la literatura, era emocionante, pero, además, era el guía a jóvenes por el mundo de la literatura y los literatos. Esto me obligó a grandes sistematizaciones. Con el grupo mas interesado por los libros... Se creó la Academia Literaria, que fue un taller y mucho antes de que se usara la palabra y, como taller, no solo se formaban grandes lectores sino una generación de los mayores intelectuales del Ecuador actual. Sí, no solo que me enriquecí enormemente con experiencias para formar lectores y escritores, sino que también me sirvió para perfeccionar mi propia escritura, pues yo daba a leer las cosas que escribía a algunos de los pequeños académicos y ellos me las comentaban.

- Recuerdo gratadamente el Club del Libro, donde donando un libro podíamos acceder a una excelente biblioteca, y también a la lista de obras clasificadas para cada edad elaborada acuciosamente por ti.

- Esa experiencia fue recogida en mi obra *El Camino del Lector*, donde se halla 2800 obras, acompañadas de análisis y guías.

- Refiriéndome a tu monumental *Historia de la Literatura Ecuatoriana*, cuáles han sido tus mayores descubrimientos...

- Haber dado importancia a grandes autores muy poco conocidos como escritores como Ignacio Flores...

- No había oído hablar de él....

- Es una figura de talla continental...

- En Pedro Vicente Maldonado, por ejemplo, se prueba su autoría del gran informe impreso en España...

- En qué consiste?

- Todo lo que se hizo para abrir el camino a Esmeraldas. Extraño que nadie haya advertido que sólo pudo haber sido escrito por Maldonado...

- Volviendo a Ignacio, se le había atribuido la autoría de una novela al estilo de Gulliver, que se llama "Viajes de Enrique Wanton a Tierras Incógnitas, Australes y el País de las Monas"... Muestro que, en efecto, el libro fue autoría de Segre y quien es su traductor al español. Pero descubrí también que en la versión española de la novela, en la última parte había algo de Ignacio Flores.... El alegato que el hace en Buenos Aires para defenderse de los cargos que se habían levantado contra el en la Real Audiencia de Charcas... donde se destaca la notable la personalidad del escritor. En la Universidad de la Plata se le reci-

bió como gran intelectual de América. Yo diría, en suma, que los dos tomos enormes relacionados con el siglo XVIII de la literatura quiteña, constituyen en conjunto una verdadera revelación de la importancia de Quito, en ese siglo...

- Como fue tu encuentro con Don Pedro Moncayo y Esparza,,,

- Trabajo, ahora, en la parte de la Historia General de la Literatura Ecuatoriana que comprende el periodo de 1800 a 1860, hablo de figuras importantes del periodo con lo que se ha estudiado como escritores con algún rigor y extensión, como Olmedo, Mejía y Fray Vicente Solano. Pero hallo otras grandes figuras como el escritor Moncayo, lo cual implica en ese tiempo especial compromiso con la política y la historia de sus países que comenzaban a ser Repúblicas. Una de esas grandes figuras de talla latinoamericana es Pedro Moncayo. El Capitulo dedicado a él, como escritor, se fue a 150 apretadas paginas.

- Cómo le caracterizarías a Pedro Moncayo como escritor?

- Es un gran periodista, de amplio registro, diatriba, sátira, paródico humor, pero es también un gran orador, algunas de sus intervenciones en el Congreso son magistrales y es un excelente ensayista. Sus visiones de la Historia y la Política de los países de Sudamérica son brillantísimos. Su alegato en pro de los límites amazónicos del Ecuador y de cómo debería resolverse el conflic-

to fue tenido en América como un modelo. Pero acaso la gran obra de Moncayo como escritor es el gran Libro de Historia del Ecuador de 1925 a 1875., que lo escribió ya anciano, en su exilio voluntario en Valparaíso... Independientemente de lo importante que es como historiador, su prosa es rica y traspasada de pasión. ..

- Cómo lo ves, en comparación con Montalvo...

- En Moncayo se sienten ideas, fuerzas desarrolladas con mucha coherencia...

- Y como figura política...

- Es una de las grandes figuras en ese periodo político, junto a Vicente Rocafuerte y García Moreno. Moncayo constituye para nuestro país el primer republicano consistente y sólido. Pedro Moncayo lo entiende y apoya y lo impulsa y con su historia muestra que es lo que debe hacer la naciente Republica para construir y reconstruir. Pedro Moncayo es coherente y duro e intransigente opositor de Flores y reprocha a Vicente Rocafuerte por pactar con él. Hace el más duro rechazo al militarismo, el gran lastre de las nuevas Repúblicas. No sólo del Ecuador.

- Cual es su visión de Sudamérica?

- Esa es la idea clave. Rocafuerte y Moncayo son los mayores propugnadores de las luces y las libertades. Son los verdaderos fundadores del liberalismo en el Ecuador...

- Y su relación con García Moreno?

- En el comienzo de su carrera Moncayo se une a él contra Flores y cuando García Moreno resuelve la tremenda crisis de 1859 que puso al Ecuador al borde de la disolución. Pedro Moncayo reconoce la energía y liderazgo de García Moreno pero cuando ve que tiende a instaurar su proyecto despótico autoritario y teocrático, lo denuncia y lo rechaza y acaba exiliándose. García Moreno es en su Historia la gran figura del último tramo de su obra, es un cuadro de luces y sombras, en el que acaso haya más sombras que luces.

- Y que has encontrado entre los decapitados del Quiteño Libre... del cual, Moncayo fue uno de sus promotores, quien solo por milagro escapó de los verdugos de Flores...

- Todos se unieron a Francisco Hall, gran periodista e intelectual, autor de libros de Filosofía, escritos, algunos, antes de su llegada al Ecuador...

- Cual crees será la repercusión de tu libro...

- En primer lugar que Ibarra – donde, digo yo, casi es solo conocido por ser el nombre de su parque principal – se imponga definitivamente como uno de los mayores ibarreños y para el Ecuador, conocido hasta ahora para pocas personas interesadas y cultas, el redescubrimiento de una figura grande. Ojala circule el libro en toda América, porque sin duda, en muchos países y por mu-

chas razones se van a interesar enormemente.

- En esto podría jugar un papel preponderante nuestra Cancillería....

- Finalmente, que podrías decir a nuestros socios de AFESE y a los lectores de su revista sobre el papel de la diplomacia cultural?

- En ciertos países deber ser lo más importante, porque la cultura es lo mejor que podemos dar y recibir. Por ejemplo, en Bolivia, Paraguay, Brasil, Guatemala, y tantos otros...

- yo pienso también en Venezuela – y también en aquellos con los cuales se pueden tener relaciones comerciales. En este ámbito, por citar un solo caso, la participación en las ferias de libros e industrias editoriales exhibiciones internacionales de arte, de artesanías, de turismo, etc, puede ser algo de lo mejor que pueden hacer nuestras Embajadas.

- En el caso del libro sobre Moncayo, podrían contribuir a enaltecer a Ecuador con la distribución de tu libro acompañado de la presente entrevista, como una guía para el funcionario.

- Te agradezco Hernán por la oportunidad de este dialogo que da al lector una mirada sobre esta gran figura, casi olvidada, quizá oculta todavía por las pasiones políticas que han desgarrado a nuestro país. Que tu libro, pues, contribuya, al mejor e indisimulado conocimiento de nuestra Historia Patria y para que las futuras generaciones no olviden que

la Historia es la gran maestra, estudiando la gran lección de Moncayo, aunque cada generación quisiera ser la fundadora o la refundadora de la Republica, como ahora se dice, bien

vale echar una mirada hacia lo mejor de nuestro pasado.

Quito, a 27 de abril de 2007